

rio. El sacerdote daba gracias á Dios en el fondo de su alma por haberse dignado infundir tan grande sabiduría y tan excelente resolución en el espíritu de aquel hombre sencillo. Pedía á la soberana Misericordia la misma gracia para los muchos insensatos que atraviesan los caminos de esta vida sin detenerse un solo instante frente á una tumba á reflexionar en presencia de la muerte.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)



IMPORTANTÍSIMO

## A LOS PADRES DE FAMILIA.

*El día 9 de Enero del año próximo de 1899, con el auxilio divino, se inaugurará el COLEGIO DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, SECUNDARIA Y SUPERIOR que, para Niñas y Señoritas, este CENTRO GENERAL DE LA OBRA DEL CATECISMO ha logrado establecer en la casa*

NÚM. 10 DE LA 3.<sup>a</sup> CALLE DEL RASTRO  
*de esta capital,*

**SE RECIBEN ALUMNAS INTERNAS.**

## EL CATECISMO

ORGANO

DE LA CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.

*Hac est victoria que vincit mundum, fides nostra.*

Esta es la victoria que vence al inundo, nuestra fe.

1.<sup>a</sup> EPIST. DE S. JUAN, CAP. V. V. 4.<sup>o</sup>

## DOCTRINA

(CONTINUA.)

III. *Su santidad* y el odio infinito que tiene al pecado, se manifiestan, porque si Jesucristo no hubiera venido al mundo, si no hubiera obrado y padecido como lo hizo, tampoco hubiéramos tenido más que una muy débil idea de la malicia del pecado y del horror que le inspira á Dios. Mas cuando le vemos tratar con tan grande rigor á su Hijo único, al Santo de los santos, y esto, no más que por haberse revestido de las exterioridades del pecador, podemos comprender suficientemente, así la enormidad del pecado, como el aborrecimiento implacable con que lo persigue el Señor.

No puede darnos de esto prueba más convincente y perentoria. Ni el diluvio universal, ni las lluvias de fuego que consumieron á las ciudades nefandas, ni tantos otros castigos espantosos enviados á causa del pecado, ni el infierno mismo creado para expiarlo, ni la eternidad con todos sus tormentos, prueban el



horror que tiene Dios al pecado, como la vista de su Hijo único bajado de los cielos á la tierra, sujeto por treinta y tres años á indecibles penas, clavado en la cruz por nuestros delitos. Porque la pena más leve sufrida por un Dios, no guarda proporción con la ruina de todas las criaturas.

IV. *La bondad divina*, en fin, y el infinito amor que Dios nos tiene, brillan en la encarnación más que ninguno otro de sus atributos:

1.º Porque en este misterio se nos da Dios de la manera más íntima que se puede imaginar, que es comunicando su sér divino á nuestra carne. Después de la encarnación, nuestra carne es la carne de Jesucristo, carne en Él y por Él elevada, santificada, y en cierta manera divinizada. Contrajo con nosotros un estrecho parentesco, en virtud del cual no formamos más que una misma cosa con Él, y somos, en el sentido propio y real de la palabra, sus hermanos é hijos de Dios su Padre: ¡gracia, grandeza y dignidad que nos coloca sobre los ángeles! Porque el Salvador no tomó la naturaleza de éstos y sí la humana; por lo que sólo nosotros podemos decir que Jesucristo es nuestra carne y nuestro hermano.

2.º Porque Dios en la encarnación dió y sacrificó por nuestra salvación lo que tenía de más querido y de más precioso, su único Hijo. *De tal manera amó Dios al mundo, que dió su unigénito.* Si un monarca del mundo, por librar á un facineroso de la muerte que mereciese por sus crímenes, pusiera en lugar del reo á su propio hijo inocente, heredero de su co-

rona, ¡oh! ¡qué exceso de amor y de bondad! Pues este ejemplo que jamás se ha visto entre los hombres ni puede considerarse más que como una ficción imaginaria, es precisamente lo que hizo Dios por nosotros! Quiso rescatarnos á nosotros, pecadores, de la muerte; y sacrificó á su hijo, sobre quien descargó toda su cólera, para no enviarnos á nosotros sino su misericordia! ¿Pudo darnos prueba mayor de tierno afecto?

Resulta, pues, con evidencia que el Verbo encarnado hace resplandecer con brillo infinito las perfecciones divinas; y que por lo mismo el Señor escogió, para rescatarnos, el medio que convenía mejor á su gloria.

Y este medio, debemos añadir, fué el más ventajoso para el hombre:

1.º Porque nos facilita la unión con Dios. Terrestres y materiales, nos era imposible levantarnos hasta Dios, espíritu puro, infinitamente superior á nuestros sentidos; por esto es que bajó Él hasta nosotros, hízose visible y sensible, habitó entre nosotros como uno de nosotros, quiso ser tratado familiarmente á fin de que su santa humanidad nos sirviese de senda para ir hasta Dios y unirnos con Dios. Condescendencia admirable cuya figura nos había presentado en aquello que hicieron los profetas Elías y Eliseo para resucitar á un infante. Tendiéronse sobre el cadáver estrechándose y encogiéndose para reducirse á su talla, y colocando como mejor pudieron miembros contra miembros, le devolvieron el calor y la



vida. Así Jesucristo para darnosla y unirnos á él, se anonadó, se plegó y enpequeñeció para adaptar su majestad infinita á nuestra bajeza, y á nuestra nada su grandeza soberana.

2.º y más importante todavía. Dios nos dió en su persona el dechado perfectísimo de todas las virtudes. Ciegos como estábamos por el pecado y envueltos en densas tinieblas, teníamos necesidad de un modelo á quien arreglar nuestra vida; nos era indispensable que este modelo, al mismo tiempo que fuese infalible é incapaz de engañar, fuera visible y se presentara manifiestamente á todos. Pues bien, ejemplar tan precioso é importante es Jesucristo, en su vida, en sus años de fatiga, de prueba y de ejercicio de todas las virtudes. Él, Señor del cielo, nos enseñó el camino del cielo, más todavía con sus acciones que con sus palabras; quiso padecer, mucho más de lo que era necesario, para rescatarnos; á fin de que á nuestros ojos brillara su caridad no menos que la luz de sus ejemplos. Y en efecto, el esplendor y el atractivo de esos ejemplos han hecho los héroes del cristianismo, pobres voluntarios, rígidos anacoretas, vírgenes puras, mártires intrépidos, apóstoles y confesores abrasados de celo y caridad. Y si tal heroísmo no se nos exige á cada uno de nosotros, no por esto dejamos de estar obligados á parecernos á Jesucristo en la práctica de aquellas virtudes que son esenciales en el cristianismo: la paciencia, la mansedumbre, la caridad, la humildad, la mortificación, la penitencia, etc.

Hemos hablado un poco antes acerca de la devoción á Jesucristo crucificado; ahora bien, esta devoción consiste en imitarlo, en asemejarnos á él, en seguir sus pisadas, como nos lo dice el Apóstol San Pablo: *hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gál. IV. 19). Conformarse con Jesucristo es el fundamento del culto, del amor y del reconocimiento que le debemos.

Esta semejanza no es, pues, una perfección arbitraria; es un deber preciso é indispensable á todo aquel que quiere salvarse. La conducta y el ejemplo del Salvador son regla y ley para todos, *puesto que Cristo padeció también por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas*. (San Pedro 1.ª, c. II, v. 21.) *Yo soy el camino*, dijo Él mismo, *y ninguno llega á la vida si no sigue este camino*. «Y el camino, dice San Bernardo, es el ejemplo.» El amantísimo Salvador añade: *Ejemplo os he dado para que como yo he hecho á vosotros, vosotros también hagáis*. (San Juan, XIII. 15.) Por último, Dios Padre que envió su Hijo al mundo, tiene el designio de no admitir en el reino celestial más que á aquellos que reproduzcan la imagen de Jesús: *A los que conoció en su presciencia, á éstos también predestinó para ser hechos conformes á la imagen de su Hijo*. (San Pablo á los Rom. VIII. 29.) Observad bien, nos dice señalándonos á este divino Hijo, hé aquí el modelo necesario que os propongo: no hallaréis, ciertamente, otro. Lo habéis tenido y ha conversado con vosotros; su imagen os está presente, y el recuerdo auténtico



de sus pasos y de sus virtudes quedará indeleble en el Evangelio. Contemplad y haced lo que él hizo.

Sin ir tan lejos, el solo nombre de cristianos nos convence de esta verdad. Porque *cristiano*, como lo hemos explicado, significa discípulo de Cristo; mas para ser discípulo de Cristo no basta adorar su persona, creer en su doctrina y venerar sus misterios; se necesita además esforzarnos por imitar su conducta, revestirnos de su espíritu divino y acercarnos al retrato que él mismo dejó de sí. Sin esto no somos verdaderos cristianos, y piedad que no nos lleva á esa imitación, & ese espíritu ó parecido, no es más que error é ilusión.

Considerad según esto, cuántos cristianos se engañan acerca de la verdadera devoción, que para muchos consiste en prácticas exteriores y materiales que, bien entendidas, los llevarían sin duda al fondo de la devoción, pero que por sí mismas no la constituyen y que muy bien pueden separarse de ella y aun existir juntamente con la más horrible depravación. Hallaréis, en efecto, cristianos que frecuentan el templo, que asisten á los ejercicios piadosos, á la santa Misa, á los sermones, que reciben los sacramentos; pero que en medio de estas prácticas es en vano buscar en la mayor parte de ellos aquella conformidad, aquella semejanza con Jesucristo, que es la esencia del cristiano. Porque, ¿dónde está el perdón de las injurias y el amor á los enemigos, para imitar á Aquel que rogó en la cruz por sus verdugos? ¿Dónde el desprendimiento de lo

bienes y de las grandezas de este mundo, á semejanza de Aquel que quiso nacer, vivir y morir en la pobreza y abyección? ¿Dónde la penitencia y la mortificación á ejemplo de Aquel cuya cabeza fué traspasada de espinas y cuyo cuerpo fué cubierto de heridas? ¿Dónde la resignación con la voluntad divina en las pruebas de la vida, á imitación de Aquel que vivió y murió por obedecer en todo á su Padre?

Desengañémonos: sólo la conformidad de nuestra vida, pensamientos, deseos, afectos y acciones, á las enseñanzas y ejemplos de Jesucristo, es la piedra de toque de la verdadera y sólida devoción.

(CONTINUARÁ.)

---



---

## MORAL

### EL RESPETO Á LOS SACERDOTES.

(CONTINÚA.)

#### VII

¿Cómo hablar del grande influjo que el Sacerdote Católico ha tenido en el desarrollo y aplicaciones de la beneficencia cristiana, sin recordar especialmente los nobles y sublimes ejemplos de caridad que dió al mundo San Vicente de Paul?

La Iglesia ha sido madre fecundísima de toda clase de instituciones benéficas, y son incontables los santos Sacerdotes que la han ayudado en el bien de la humanidad; pero sin disminuir en lo más mínimo la gloria que á cada uno corresponda, podemos asegurar que San Vicente es la figura más culminante en



la historia de la beneficencia durante los tres últimos siglos. Fué su corazón hoguera inextinguible de caridad para con el prójimo: recordaremos sucintamente sus principales obras, para que no solamente admiremos la heroicidad de su virtud, sino que también imitemos sus ejemplos.

«Concibió, dice un compendio de la vida de San Vicente, la idea de las misiones para el pueblo del campo estando en Folleville, castillo de la condesa de Joigni, y esta piadosa señora lo auxilió en la empresa. Sabiendo que el Curato de Chatillon era tan pobre que nadie lo admitía, se ausentó de la casa de Gondi y fué á servirlo; allí fué donde estableció la primera *cofradía de la caridad*, que luego sirvió de modelo á todas las que hubo en Francia. Cuando volvió á la casa de Gondi tuvo ocasión de extender su caridad cristiana á mil desgraciados condenados á galeras que se hallaban tan mal asistidos en lo corporal como en lo espiritual; consiguió que todos fuesen trasladados á una sola prisión cómoda y sana, en donde tomó á su cargo, en unión de otros clérigos, su instrucción y reforma de costumbres. ¡Tan penetrante es la voz de la religión, que al cabo de poco tiempo todo había cambiado, y las bocas que antes no sabían más que blasfemar, después se ocupaban en alabar al Señor! Luis XIII lo nombró capellán general de las galeras, y en este empleo desplegó toda su caridad, particularmente en Marsella; allí fué donde, compadecido por la suerte de un gaote que había dejado á su familia expuesta á pe-

recer, tomó las cadenas de este infeliz y se sujetó á pasar las mismas miserias por darle la libertad. ¡Sublime sacrificio de caridad que sólo la religión del Hombre-Dios puede sugerir!

«De 1624 á 1633, formó la Congregación de la Misión, destinada á instruir al pueblo del campo.

«Fundó la casa de asilo para los condenados á galeras y encargó el cuidado de ella á Madama de Gras, célebre por su piedad y buenas obras.

«Estableció las célebres conferencias para la instrucción de los sacerdotes, en las que su prudencia y sus pláticas despertaron en el clero de Francia un celo por la religión que las costumbres corrompidas de aquella época habían casi sofocado.

«La casa de retiros espirituales la fundó el año de 1634.

«En el mismo año quedó establecida la admirable Congregación de las Hermanas de la Caridad, destinadas al cuidado de los enfermos, á la instrucción de las jóvenes y á otras obras de caridad en las que resplandece con brillante luz ese espíritu de amor que Jesucristo nos inspira en el Evangelio y que ninguna otra religión ha podido practicar ni aun comprender. Dióles Vicente reglamentos sabios que hasta hoy observan y que producen admirables frutos de caridad dondequiera que se hallan. *Deben tener por monasterio*, les decía el fundador, *las casas de los enfermos; por celdas, una pequeña alcoba; por capilla, la iglesia de la parroquia; por claustro, las calles de la ciudad ó las salas de los hospitales; por*



*clausura, la obediencia; por reja, el temor de Dios; y por velo, una santa modestia.*

«Estableció por el mismo tiempo una sociedad de señoras encargadas muy particularmente del cuidado de los enfermos del *Hotel-Dieu* de París, y la presidenta Gousseaut fué la primera superiora de esta congregación.

«En medio de la miseria que asolaba á Francia, su caridad cristiana formó el establecimiento para los niños expósitos. Antes de esta fundación se vendían estas criaturas en la calle Saint Landri á poco menos de dos reales cada una, ó se daban por caridad, según decían, para mamar á las mujeres enfermas una leche corrompida. Al principio proporcionó Vicente fondos para mantener doce criaturas, y poco después su caridad recogía á todas las que se hallaban tiradas en las puertas de las iglesias; mas faltándole después los recursos, formó una asamblea extraordinaria de señoras caritativas, hizo colocar un gran número de criaturas abandonadas, y este espectáculo unido á una exhortación tan corta como patética, hizo saltar las lágrimas, y el mismo día, en la misma iglesia, en ese instante, quedó fundado y dotado el hospicio de expósitos.

«También el hospicio del *Nombre de Jesús* y el de la *Salitrería* se deben á la caridad de San Vicente de Paul.» (*Compendio del Año Cristiano.*)

Hemos hecho punto omiso de los muchísimos bienes particulares que hizo nuestro Santo, que fueron del momento ó de oportunidad. Sus instituciones

han tenido la bendición de Dios, han sobrevivido hasta nuestros días y se han ramificado por todas partes. Débensele por tanto, no solamente las fundaciones en sí, sino también el gran cúmulo de beneficios que han derramado por el mundo entero en el largo espacio de tres siglos.

En efecto, es imposible calcular las miserias que han socorrido los hijos é hijas de San Vicente de Paul; las dolencias que han aliviado; las lágrimas que han enjugado; pero ante todo y sobre todo, ¡las almas que han salvado! Sí, porque los discípulos de este santo Sacerdote no se han limitado á remediar las necesidades del cuerpo, como lo hace la filantropía ó beneficencia laica; no en manera alguna; sino que, en calidad de bienhechores cristianos y verdaderos, han obrado y obran conforme á la firmísima fe que tienen de que tras de esta deleznable cárcel del cuerpo cuyos hierros se destruyen con la muerte, hay una pobre cautiva ¡el alma! cuyo sublime destino es remontar su vuelo á la patria celestial para conocer, amar, poseer y bendecir eternamente á Dios, lo cual no se consigue por otro camino que el de la virtud.

Somos testigos de que los padres de la *Congregación de la Misión* recorren aún nuestros pueblos y haciendas, para evangelizar á los pobres enseñando la doctrina cristiana; convirtiendo á los pecadores con la sencillez y unción que á la divina palabra comunica el celo por la gloria de Dios; y edificando finalmente con sus ejemplos de virtud. Somos testi-



gos del grande y eficaz empeño que ponen en la formación de los futuros Sacerdotes en los Seminarios que se les confían.

Todavía se conservan gratísimos recuerdos de la ternura maternal que las Hermanas de la Caridad desplegaban en el cuidado de los enfermos y en la educación de las niñas: el viento de la revolución anticristiana las arrojó de este país y suprimió tan bella institución entre nosotros: la historia juzgará ese acto de barbarie: Dios lo perdone á quienes lo cometieron. Nunca la caridad se suple con nada, ni menos con manos mercenarias: pueden decirlo los mismos desgraciados que hayan podido apreciar el cambio. No puede estimarse el mal que se hace á un pueblo al privarlo de un poderoso medio de educación sana, sobre todo para la mujer, que tan importante papel desempeña en los destinos del hogar y de la sociedad.

(CONTINUARÁ.)

## VARIETADES

### VII

#### *El examen de conciencia de un hombre honrado.*

El veinticuatro de Marzo á las diez de la noche, el acaudalado Don Pedro A. . . . . revisaba los registros y secretos de su caja fuerte. Y cerciorado de que todo quedaba en perfecta seguridad, fué á su escritorio visiblemente preocupado y pensativo.

Maquinalmente abrió su *Libro Mayor* y dejaba vagar su vista por aquellas hojas que revolvió y que mostraban uniformes sus páginas rayadas de azul y rojo y columnas de elegantes cifras negras.

*El Señor X. . . . . DEBE. . . . .; El Señor Y. . . . . DEBE. . . . .; El Señor Z. . . . . DEBE. . . . .*

«¡El dinero no entra!» pensó. . . . ¡Oh! *pagar deudas* es cosa dura á la naturaleza humana! . . . . con todo, abundan gentes honradas! . . . .

Su mano febril volvía las hojas una tras otra hasta llegar á las que estaban en blanco. Pero aun en éstas sus ojos seguían mirando la palabra *Debe. . . . Debe. . . . Debe. . . .*

—Yo, á lo menos, *no debo*,—dijo con aire satisfecho.

Calmóse su ánimo; mas no por eso desaparecía de sus ojos la palabra *Debe*, que continuaba leyendo con caracteres fantásticos.

¡*Debe!* . . . . ¡*Debe!* . . . . No, yo nada debo á los hombres; . . . . pero ¿á Dios? . . . . ¡Oh! ¡este misionero! . . . . ¡pues no me ha metido en la mollera la idea de que no he pagado *todas mis deudas!* . . . .

Y este pensamiento revolotea sin cesar en mi cabeza y de tal manera se ha apoderado de mí, que ya preveo que no probaré el sueño en toda la noche! . . . . Pues bien . . . . veamos un poco . . . . ¿Es cosa segura que no basta ser hombre de bien según el mundo, para salvarse?

¿Verdad es que hay *honrados. . . . y honrados?*

Robar á un pobre carbonero una poca de leña pa-



ra calentar el cuchitril, cuando la temperatura está á diez grados bajo cero, es un delito que se castiga con prisión, es delito que deshonra no sólo á quien lo comete, sino á su familia y descendientes hasta la tercera generación! Pero robar así... con talento... ampliamente... valiéndose v. gr. del *diez, veinte, treinta ó más por ciento de interés*... robar millones de duros, pueden hacerlo y lo hacen ciertas *gentes honradas* sin dejar de serlo ante el mundo.

Esos negocillos y otros *grandes negocios*, los hacen muchos sin menoscabo de su reputación. Pero ¡bah! volvamos al asunto. Por ocuparte de los demás te olvidas de ti mismo, amigo Pedro!... Entremos á cuentas. ¿Eres con toda verdad un hombre honrado?... ¡Oh! Sí que sí... ni asesino... ni ladrón... por tanto... Pero, claro, ¿por tanto qué?... Pues simplemente que no he faltado de un modo brutal contra el quinto y el séptimo preceptos del Decálogo...

¿Y los mandamientos de la Iglesia?... ¡Ah! ¡Ya!... ¡ya!... esto es otra cosa... He cumplido con ciertas menudencias de vez en cuando... Mas si bien lo reflexiono, esas mis cuentas atrasadas no han de hallarse del todo bien... no... ciertos descuidillos... ¡hum!... Entonces... Vamos, vamos, llamemos las cosas por sus nombres: ¡es un hecho que no he pagado TODAS mis deudas!... ¿Y entonces?... ¡Entonces!... Pero un hombre honrado que no satisface todas sus deudas... no es hombre honrado!... ¡Ah!... ¿qué digo?...

¡Felizmente nadie me ha oído!... ¡Oh! Sí alguno de mis deudores estuviera presente, sería muy capaz de replicarme diciendo: «Caballero: os debo mil pesos; os doy doscientos, y estamos en paz, ¿no es esto?... Lo mismo que hacéis con Dios: cuando le debéis diez mil duros queréis cubrir esa cuenta con veinticinco centavos...» ¡Uf!... ¿y qué le contestaría?...

La verdad es que así habrá de razonar el bueno de San Pedro... Cuando alguien se presente allá arriba y le muestre sus títulos diciéndole: «Abridme, que soy todo un hombre honrado!...» Ya me parece oírle responder: «Sí, sí, lo entiendo, lo sé; pero márchate, márchate, mi amigo!... Los hombres honrados como tú... *van al Infierno!*...»

¡Cáspita! Bien pensado, no debo exponerme á recibir tal desaire!... Mi situación es falsa, no hay duda; debo regularizarla y esto... desde mañana mismo!... ¡Quién sabe!... Dios puede muy bien enviarme su portero más pronto de lo que yo quisiera!... Y muy loco seré si me dejo hospedar en la casa del diablo, cuando con sólo mi buena voluntad puedo comprarme en mi vejez un buen rincón en el cielo...»

Tal dijo el Señor Don Pedro, y se echó á dormir con la firme resolución de *pagar sus deudas*. Su sueño fué el más tranquilo que jamás había tenido.

Al día siguiente entró á su casa por la tarde con la mayor alegría.



—Abrázame, Magdalena, abrázame, dijo á su esposa arrojándose á su cuello.

—¿Pues qué hay de nuevo, qué te pasa? exclamó ella con asombro.

—Lo que hay. . . . lo que me pasa es. . . . tú lo sabes bien, que iremos los dos juntos á cumplir con el precepto Pascual. Lo que hay es que tú y yo seremos de aquí en adelante dos buenos cristianos en la más rigurosa acepción de la palabra! Acabo de saldar mis cuentas todas. . . . aun las que tenía con Dios! . . . .

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)



IMPORTANTÍSIMO

## A LOS PADRES DE FAMILIA.

*El día 9 de Enero del año próximo de 1899, con el auxilio divino, se inaugurará el COLEGIO DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, SECUNDARIA Y SUPERIOR que, para Niñas y Señoritas, este CENTRO GENERAL DE LA OBRA DEL CATECISMO ha logrado establecer en la casa*

NÚM. 10 DE LA 3.<sup>a</sup> CALLE DEL RASTRO

*de esta capital,*

**SÉ RECIBEN ALUMNAS INTERNAS.**

## EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

*Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.<sup>a</sup> EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINUA.)

P. *Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir?*

R. *Porque junto con ser Dios era también hombre mortal.*

Jesucristo en cuanto que es Dios, no pudo padecer ni morir, porque la divinidad es esencialmente inmortal; padeció y murió en cuanto que es hombre, y como verdadero hombre sí pudo padecer y morir, y padeció y murió verdaderamente, según lo hemos ya explicado; esto es, en el momento de expirar en la cruz su alma se separó del cuerpo. Padeció y murió sólo en cuanto hombre, y sin embargo, decimos con toda propiedad que *Dios padeció, murió y fué sepultado*, por la razón que ya expusimos antes, y es que aunque en Jesucristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, no hay más que una sola persona; por lo estrecho y perfectísimo de la unión de las dos naturalezas que no forman dos personas, sino una sola persona, Jesucristo. A la manera que de la